

“El mensajero”: Nueva novela de Jorge Martínez Reverte



La última novela de Martínez Reverte no se aparta, tanto en línea ambiental como uso crítico del humor y sentido personal de la intriga, de la obra que le dio a conocer como novelista: *Demasiado para Gálvez*. Las dos podrían parecer, o incluso ser incluidas, del género policiaco, pero en cualquier caso trascienden cualquier definición simplificada para ser, sencillamente, buenas novelas. Especialmente la segunda.

EFFECTIVAMENTE, el mundo que describe Martínez Reverte en las dos obras nos resulta cercano; es ese mismo mundo en el que todos nos desenvolvemos hoy y cada día, distorsionado mínimamente por el interés de la anécdota contada y sin que esto signifique apartamiento de lo que es. En las dos obras el autor maneja la técnica narrativa para irnos llevando a su gusto por los recovecos sorprendentes de la trama, a caballo entre la crónica policial y el reportaje social. También, si el humor es el fundamento del Gálvez, empapándolo todo, ahora se convierte en mueca irónica y absurda cuando se nos ofrece la convicción última que existe tras cada página.

Pero si en *Demasiado para Gálvez* Martínez Reverte se sentía condicionado por las pautas de un género que él se empeñaba en superar ridiculizando, ahora, mucho más maduro en el oficio de la pluma y de la estructura de la novela, sólo escribe atado a la naturaleza de lo que cuenta y a la dinámica original que cobran los personajes por sí mismos, que tienen vida. Por eso *El mensajero* es mucho mejor novela. Por eso; por cómo cuenta lo que nos cuenta, y por ello mismo: por lo que cuenta.

NO es una novela sobre terrorismo. Entre otras razones porque el terrorismo no es un fenómeno aprehensible que pueda literalizarse. Aunque, por supuesto, late toda una problemática terrorista en la novela, por ejemplo, la dialéctica de que la violencia engendra violencia, el que la represión y la tortura policial facilitan que el terrorista dé una vuelta de tuerca más a su doctrina fanática, a las posibles implicaciones institucionales de los movimientos armados.

PERO, por encima de todo, *El mensajero* es la historia simple de unos jóvenes militantes de un partido revolucionario que pasan a la lucha armada devenida en guerra revolucionaria; es la historia del proceso de interiorización de esa decisión lo que ella

Escribe:
**Victor
CLAUDIN**

conlleva: las dudas, la marginación que implica; es la historia de amor de dos de ellos, amor imposible por el camino absurdo, cruel e irreal por el que han optado; es la historia de un seguimiento policial, de los distintos modos de hacer dentro de esa institución y la historia de una traición. *El mensajero* es, también, impotencia.

Y Jorge Martínez Reverte no cede a la comodidad de distorsionar fantásticamente las aventuras de los terroristas o hacer panfleto demagógico contra la Policía. Cada lado está tomado con respetuosa objetividad. Martínez Reverte ha escrito algo que es cierto, que él ha hecho verdadero para nosotros, no sólo porque bien puede ser, y tantas veces ha sido y sigue siendo, sino porque, igualmente no exagera, no nos sitúa al borde de lo falso, sino en el fondo más preciso de la ficción honesta, sincera, en el punto donde coincide más descarnadamente con la realidad.

UTILIZA un estilo ágil, directo, claro. Con reflexiones íntimas que no ensombrecen de pesadeces teóricas el texto, sino que lo enriquecen.

PERO, sobre todo, lo característico es el ritmo perfecto que consigue crear por el curso de la acción, que da la impresión de ir por sí misma.

JORGE Martínez Reverte, nacido en Madrid, en 1948, periodista conocido por su trabajo en distintos periódicos y revistas, como «Cambio 16», «Posible», «Ciudadano», ahora «La Calle», «El País» director de la revista de teoría marxista «Zona Abierta», etcétera, ha consolidado con *El mensajero* su categoría de escritor.

ADEMAS, o en primer lugar, porque es lo que debe ser más importante, cuando uno ha terminado de leer con pasión *El mensajero* se siente satisfecho porque la trama le ha entusiasmado, los personajes los ha sentido de carne y hueso, y, a pesar de la tragedia de esas páginas, donde el hombre existe sólo para matar, en una desesperada guerra, permanece el sabor refrescante de una buena novela.